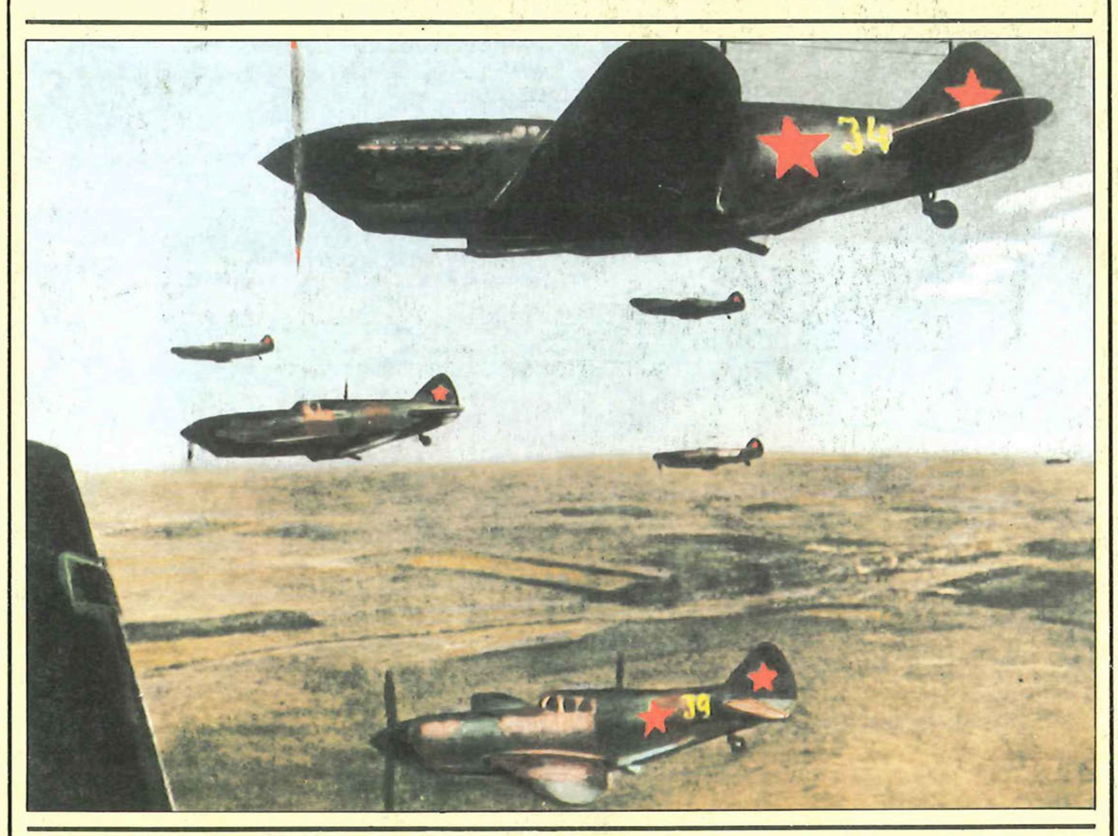
CUADERNOS historia 16

La II Guerra Mundial (3)

Gabriel Cardona



73

140 ptas

CUADERNOS historia 16

1: Los Fenicios · 2: La Guerra Civil española · 3: La Enciclopedia · 4: El reino nazarí de Granada · 5: Flandes contra Felipe II · 6: Micenas · 7: La Mesta · 8: La Desamortización · 9: La Reforma protestante · 10: España y la OTAN · 11: Los orígenes de Cataluña · 12: Roma contra Cartago · 13: La España de Alfonso X · 14: Esparta · 15: La Revolución rusa · 16: Los Mayas · 17: La peste negra · 18: El nacimiento del castellano · 19: Prusia y los orígenes de Alemania · 20: Los celtas en España · 21: El nacimiento del Islam · 22: La II República Española · 23: Los Sumerios · 24: Los comuneros · 25: Los Omeyas · 26: Numancia contra Roma · 27: Los Aztecas · 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII · 29: Los Abbasíes · 30: El desastre del 98 · 31: Alejandro Magno · 32: La conquista de México · 33: El Islam, siglos XI-XIII · 34: El boom económico español · 35: La I Guerra Mundial (1) · 36: La I Guerra Mundial (2) · 37: El Mercado Común · 38: Los judíos en la España medieval · 39: El reparto de Africa · 40: Tartesos · 41: La disgregación del Islam · 42: Loa Iberos · 43: El nacimiento de Italia · 44: Arte y cultura de la Ilustración española · 45: Los Asirios · 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo · 47: El nacimiento del Estado de Israel · 48: Las Germanías · 49: Los Incas · 50: La Guerra Fría · 51: Las Cortes Medievales · 52: La conquista del Perú · 53: Jaime I y su época · 54: Los Etruscos · 55: La Revolución Mexicana · 56: La cultura española del Siglo de Oro · 57: Hitler al poder · 58: Las guerras cántabras · 59: Los orígenes del monacato · 60: Antonio Pérez · 61: Los Hititas · 62: Juan Manuel y su época · 63: Simón Bolívar · 64: La regencia de María Cristina · 65: Así nació Andalucía · 66: Las herejías medievales · 67: La caída de Roma · 68: Alfonso XII y su época · 69: Los Olmecas · 70: Faraones y pirámides · 71: La II Guerra Mundial (1) · 72: La II Guerra Mundial (2) · 73: La II Guerra Mundial (3) · 74: La II Guerra Mundial (y 4) · 75: Las Internacionales Obreras · 76: Los concilios medievales · 77: Consolidación de Israel · 78: Apocalipsis nuclear · 79: La conquista de Canarias · 80: La religión romana · 81: El crack de 1929 · 82: La conquista de Toledo · 83: La guerra de los 30 años · 84: América colonial · 85: La guerra en Asia (1) · 86: La guerra en Asia (2) · 87: La guerra en Asia (y 3) · 88: El camino de Santigo · 89: El nacionalismo catalán · 90: El despertar de Africa · 91: El Trienio Liberal · 92: El nacionalismo vasco · 93: Los payeses de remensa · 94: La independencia árabe · 95: La España de Carlos V · 96: La independencia de Asia · 97: Tercer mundo y petróleo · 98: La España de Alfonso XIII · 99: El Greco y su época · 100: La crisis de 1968.

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-040-60. Tomo VIII.
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Los hombres del V Seaforth Highlanders *desembarcan en una playa de Sicilia*

Indice

LA II GUERRA MUNDIAL (3)

El contraataque aliado

Por Gabriel Cardona
Profesor de Historia Contemporánea. Universidad Central de Barcelona

Hasta 1942, la presión militar del Eje marcó el ritmo de los acontecimientos. Hasta entonces, Gran Bretaña, Estados Unidos y la URSS procuraron llegar a los acuerdos necesarios para llevar adelante las operaciones militares y los planes de ayuda.

Los criterios e ideologías de los aliados eran diferentes, pero la dureza de las circunstancias obligaba a mínimos acuerdos. Muchas veces la cooperación se estableció en visitas de los ministros a las respectivas capitales o en conversaciones con los Estados Mayores.

Ya en agosto de 1941, antes de que los Estados Unidos entraran en guerra, se reunieron Roosevelt y Churchill y publicaron un documento de ocho puntos llamado *Carta del Atlántico*. La declaración encubría que, durante tres días, comisiones políticas y militares de ambos países habían estudiado documentos para el desarrollo de la guerra.

La *Carta* era una declaración teórica de buenas intenciones; sus ocho puntos defendían la libertad y autodeterminación de los pueblos, así como la paz y colaboración internacional *después de la destrucción de la dictadura nazi*. El inefable documento fue remitido a Stalin con la propuesta de estudiar una política conjunta de *largo alcance*.

En diciembre de 1941 se celebró otra conferencia entre los dos políticos, conocida con el nombre clave de *Arcadia*, como si fuera una operación militar. En ella se creó una junta de *Jefes de Estado Mayor Combinado*, formada por americanos e ingleses, sin representación rusa. Era un órgano superior de coordinación militar que tendría su residencia en Washington.

Previamente a la reunión, Eden había visitado a Stalin y había escuchado sus proyectos políticos para después de la contienda. La postura de Stalin era muy firme y anunciaba su intención de mantenerla inflexible hasta el final de la guerra: Alemania debía ser dividida en varios Estados, Finlandia y los Estados bálticos recuperarían su situación anterior a la invasión alemana y la frontera rusa debía avanzar, aproximadamente, hasta los límites reconocidos en el pacto germano-soviético, muy parecidos a los que fueron fijados por los aliados en el año 1919.

En la conferencia, Roosevelt anunció su voluntad de mantener una política que recordaba en parte las propuestas de Wilson en la Primera Guerra Mundial y confiaba en el futuro arbitraje de una conferencia de naciones después de la guerra. Por otra parte, se mostró decidido a llegar a acuerdos con Stalin, a quien consideraba dispuesto al diálogo.

Las conferencias del año 1943

Cuando la guerra se presentó menos amenazadora para los aliados, la preocupación por las operaciones militares cedió ante los planes para organizar el mundo cuando llegara la paz. Churchill y Stalin pelearon duramente en defensa de sus puntos de vista, siempre antagónicos. Incluso personalmente discrepaban, y la preocupación continua de Churchill fue contener la política de expansión de la URSS.

Roosevelt y el Estado Mayor americano estaban preocupados por terminar la guerra rápidamente y desatendieron muchas cuestiones de largo alcance, en las que Stalin supo imponerse hábilmente a la política inglesa. Más tarde se incorporaron otros interlocutores de segunda fila, como De Gaulle o Chiang Kai-chek, frecuentemente marginados por los grandes.

El año 1943 fue el de las grandes confe-



Los soviéticos emplearon contra los alemanes concentraciones artilleras nunca antes vistas. En la foto, cañones pesados de la URSS, disparando contra los alemanes en Ucrania

rencias: Casablanca, Washington, Quebec, El Cairo y Teherán.

La primera sólo reunió a Churchill y Roosevelt con sus ayudantes políticos y Estados Mayores. Sirvió para reconciliar a los generales De Gaulle y Giraud y unificar las corrientes de aquellos franceses contrarios al Eje.

Churchill aportó una propuesta que fue aprobada: sólo se aceptaría como final de la guerra la *rendición incondicional* del Eje. A la larga, esta decisión cerró cualquier posibilidad de solucionar rápidamente el conflicto y obligó a los alemanes a combatir duramente, más tiempo del razonable; pero también permitió desmontar las estructuras fascistas.

Roosevelt defendió la necesidad de descolonizar Africa cuando terminara el conflicto, en consonancia con las teorías mantenidas por los americanos desde la *declaración Wilson*. Era también la coartada para introducir su comercio en lo que, hasta entonces, habían sido imperios coloniales europeos, vedados a la competencia exterior.

Aunque los rusos no acudieron, la conferencia trató del establecimiento del *segundo frente* en Europa, largamente pedido por Stalin para obligar a Hitler a descongestionar el frente ruso. En el campo militar, se decidió intensificar los grandes bombardeos estratégicos sobre las ciudades e industrias alemanas.

En mayo se celebró la conferencia de Washington para tratar del *segundo frente*. Pero estuvo mediatizada por un problema político. Los alemanes habían descubierto en Katyn unas fosas con 4.000 cadáveres polacos, en buena parte de oficiales del Ejército cogidos prisioneros por los rusos.

El Gobierno polaco en el exilio rompió sus relaciones con la URSS, y los americanos e ingleses necesitaron maniobrar políticamente ante la evidencia de que su aliado contra la barbarie nazi también era capaz de asesinatos masivos.

La primera conferencia de Quebec (agosto de 1943) rechazó la posibilidad de que Alemania y la URSS pudieran firmar una paz por separado. Después de ella, por primera vez (octubre 1943), se reunieron Roosevelt, Churchill y Stalin en Teherán, tras lograr la capitulación de Italia.

Allí consiguió Stalin convencer a sus interlocutores de la necesidad de efectuar un desembarco en Francia, proyecto al que siempre se opuso Churchill. Opinaba que si los aliados no atacaban Europa oriental, ésta quedaría como feudo de la URSS.

Stalin fue el único en aportar un proyecto político coherente para después de la guerra, y, tras defenderlo con habilidad, lo impuso. Todos coincidirían en que Alemania debía ser castigada por haber provocado la guerra y debía reducirse su territorio para evitar la amenaza en lo sucesivo.

Stalin convino en ello y se opuso al plan churchilliano de resucitar Austria-Hungría como un Estado confederado. En cuanto al futuro de Polonia, logró que se aceptaran sus tesis anexionistas de los territorios orientales.

En noviembre se celebró una reunión, en Moscú, entre el secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull; Eden y Molotov, para tratar de los temas predilectos de Stalin: las futuras fronteras de la URSS y la apertura del *segundo frente* en Europa.

Molotov comunicó que Stalin aceptaba el principio de rendición incondicional y se acordó que Italia y Alemania debían devolver a los criminales de guerra cuando ésta acabase.

La conferencia del El Cairo reunió a Roosevelt, Churchill, Chiang-Kai-chek, Benes (presidente de Checoslovaquia) y un representante del Comité de Liberación de Francia. La URSS no asistió porque sus representantes alegaron dificultades de transporte, para encubrir una maniobra de oposición a las teorías de Churchill.

Se trató de la organización de las futuras Naciones Unidas, definiendo dos clases de miembros: *grandes* y *pequeños*. La guerra del Pacífico y sus implicaciones para el futuro de China, Corea e Indochina, el próximo ataque a Europa y la campaña de Italia fueron temas político-militares.

Cuatro Francias a la vez

La incorporación del presidente turco Ismet Inonu ofreció la posibilidad de una jugada política notable. En agosto de 1944, Turquía modificó su postura ante el Eje: desde la neutralidad y la integración en los circuitos comerciales alemanes, rompió las relaciones diplomáticas y comerciales con Berlín, lo que modificó todo el panorama del Mediterráneo oriental.

A raíz del desembarco en Africa progresó la clarificación de la política francesa. Hasta entonces podía hablarse de cuatro tenden-

cias: la de Pétain, teóricamente independiente de los nazis, pero que había permitido la entrega de Indochina a los japoneses y las operaciones de los submarinos alemanes desde la isla francesa de Martinica. La del almirante Darlan, antiguo ministro de Pétain, que procuró despegar al Gobierno de Vichy de la tutela de Berlín y, antes del desembarco americano, pasó a Africa con un pretexto y se puso en contacto con los aliados.

Una tercera opinión se encarnaba en el general Giraud, escapado de Francia en un submarino británico, candidato de los americanos para encabezar a los franceses enemigos del Eje y con grupos de seguidores de cierta entidad en el norte de Africa.

De Gaulle era la cuarta opinión. Duramente enfrentado, desde el principio de la guerra, a Pétain y sus seguidores, era el único en comprender que la supervivencia de Francia como potencia mundial no podía quedar supeditada a los americanos ni a los ingleses. Los primeros intentaban descolonizar el Imperio, los segundos no perderían oportunidad para debilitar el futuro internacional de Francia. La acción gaullista se orientaba a lograr que la *Francia libre* fuera tratada en pie de igualdad, como un aliado más, y para ello necesitaba hacerse con territorios de las colonias y organizar un ejército propio, aunque fuese simbólico.

En diciembre de 1942, un nacionalista francés, con oscuros móviles, asesinó a Darlan y el pleito se redujo a la pareja De Gaulle-Giraud. La conferencia de Casablanca logró su reconciliación, y cuando se organizó un Comité de Liberación Nacional, fue presidido por De Gaulle, responsable de los asuntos políticos, y Giraud, a cargo de las operaciones militares.

La complicada política francesa estuvo siempre marcada por los esfuerzos gaullistas para lograr un poder autónomo. De hecho, la Francia de Vichy había sido un Estado teóricamente independiente con el que los Estados Unidos mantuvieron relaciones diplomáticas.

Aparte de los enfrentamientos personales, De Gaulle no fue apoyado inicialmente por los americanos, porque su oposición a Pétain dificultaba los pactos con los militares que habían seguido fieles a Vichy. Y De Gaulle debió presionar pacientemente para llevar adelante su proyecto de la *Francia libre*.

Una parte importante de su acción se jugó en las colonias. El Imperio francés estaba repartido, sobre todo, en amplias zonas de Africa y Asia. La presencia japonesa en Extremo Oriente y la lejanía impidieron su acción en los territorios asiáticos, pero en

Pétain con los miembros del Gobierno Laval, julio de 1940



América y Africa los *franceses libres* presionaron continuamente para desplazar a los gobernadores fieles al Gobierno de Vichy.

A pesar de la oposición americana, lograron que Madagascar y Somalia francesa pasaran a la *Francia libre,* mientras el Chad estaba con ella desde el principio de la guerra. Más tarde se envió al Camerún al comandante Leclerc, que tomó la capital, Douala, con un puñado de gaullistas. Luego, con voluntarios y tropas coloniales, organizó pequeñas operaciones y se apoderó de varios territorios cercanos que obedecían a Vichy.

En Libreville reclutó una columna para una expedición casi novelesca: marchar sin ayuda, desde el Ecuador hasta el Mediterráneo, a través del Sahara.

Sin otros medios que vehículos civiles requisados, la columna llegó al Fezzan cuando Rommel estaba amenazado por los ingleses en el golfo de Sirte. Su intención era que una fuerza de la *Francia libre* combatiera junto a los aliados, aunque fuera simbólicamente.

Leclerc entró en combate contra los italianos, tomó varios oasis y De Gaulle frustró la maniobra inglesa de enviarle administradores británicos para los territorios conquistados, mientras sus tropas participaban en la campaña de Túnez contra los alemanes.

Los americanos habían actuado con gran prudencia en el desembarco de Africa. Su lentitud permitió que los alemanes ocuparan Túnez y prolongaran una campaña ya virtualmente perdida. Rommel quedó así entre dos frentes: americanos, ingleses y franceses al oeste, y el *VIII Ejército* de Montgomery al este.

Aprovechó la *línea Mareth,* una antigua fortificación francesa de 1939, para organizar posiciones defensivas sólidas y organizó una fuerza móvil con tres divisiones *panzer* que, el 14 de febrero de 1943, atacó por sorpresa, derrotó a una división americana y continuó hostigando el frente.

A principios de marzo se lanzó contra los ingleses en Madenine, pero el nuevo armamento contracarro que se le opuso le destruyó 52 tanques y su ofensiva fracasó. Rommel, enfermo durante toda la campaña recibió orden de regresar a Alemania y entregó el mando a Von Armin el 10 de marzo.

El general Alexander, que había sido nombrado jefe de las fuerzas terrestres en Africa del Norte, maniobró con cuidado para reducir las últimas fuerzas germano-italianas. Su instrumento principal fue el VIII Ejército de Montgomery, al que la larga campaña había convertido en una fuerza formidable.

Como siempre, cualquier operación se iniciaba cuando todo estaba preparado, habían llegado suministros y nada quedaba a la improvisación. Sus medios técnicos se beneficiaban de los perfeccionamientos industriales de aquellos años y la red de transmisiones permitía, en todo momento, cualquier enlace con las últimas fuerzas de tierra o con la aviación.

El 20 de marzo se intentó atacar la *línea Mareth* infructuosamente, pero una fuerza anglofrancesa (Freyberg y Leclerc) la desbordó con un amplio movimiento a través del desierto. La batalla del El Hamma tampoco pudo cortar la *línea Mareth,* pero obligó a los alemanes a abandonarla e iniciar una nueva retirada. Gracias a ella, tras combates muy duros, el *VIII Ejército* pudo unirse a los americanos el 6 de abril.

Las 16 divisiones alemanas e italianas que quedaban en Africa se enfrentaron a 11 británicas, 4 americanas y 4 francesas. Von Armin recibió como refuerzo la división *Hermann Göring* y llevó a cabo un ataque nocturno que fracasó. Luego trasladó las mejores fuerzas al frente, donde creía que se produciría el ataque de los ingleses, la fuerza más temible que se le enfrentaba.

La conducta de Alexander fue muy cauta. En lugar de ordenar que Montgomery atacara directamente, preparó la última batalla a conciencia. Dos divisiones del *VIII Ejército* se desplazaron en secreto varios cientos de kilómetros, a través de territorios montañosos. Cuando llegaron al valle del río Medjerda se unieron a otras tres, para formar una masa de maniobras.

Después, los alemanes fueron atacados un poco en todos sitios, para que sus tropas se repartieran. En sólo 1.500 metros de anchura, Alexander colocó siete divisiones y concentró toda su artillería, para barrer la zona.

Este pequeño pasillo, elegido para atacar, fue pulverizado por la aviación hasta siete kilómetros de profundidad. En la noche del 16 de mayo, dos divisiones blindadas se lanzaron en tromba, y en las primeras horas de la tarde siguiente los primeros ingleses entraron en Túnez.

Enfrentamiento cuerpo a cuerpo entre alemanes y australianos durante la batalla de El Alemein (pintura de Ivov Hele)



El mismo día los americanos entraron en Bizerta y comenzó la operación para copar al Ejército derrotado. El mando aliado no estaba dispuesto a un Dunkerque, esta vez de signo contrario. Desde varios días antes, la aviación machacaba los puertos italianos y las costas de Túnez estaban bloqueadas por la Marina.

La rendición comenzó el día 10 y se prolongó hasta el 13. Hubo 290.000 prisioneros, y numeroso equipo que incluía más de 500 aviones en funcionamiento quedó apresado en tierra.

La operación de Túnez fue un colosal error de Hitler y Mussolini. Habían tenido a Rommel falto de efectivos, después de cada victoria, impidiéndole consolidarlas y, en el último momento, deseaban salvar una situación que estaba perdida.

Como su primer movimiento contra las tropas de Eisenhower detuvo el avance americano hacia Túnez, remitieron tropas por vía aérea para evitar que Túnez y Bizerta cayeran en manos aliadas. Sólo consiguieron prolongar la resistencia de una operación sin futuro; pero, alentados por sus primeros éxitos, enviaron numerosas tropas que les harían falta en Europa.

Luego cayeron en la trampa de mantener el prestigio del Eje a toda costa, aunque si hubiesen querido retirarse a través del Mediterráneo el predominio naval de los aliados lo habría impedido. Sus esfuerzos inmovilizaron a los aliados en Africa durante el invierno y permitieron que el *Afrika Korps* pudiera retirarse.

Rommel insistió en que se evacuara, por vía aérea, el máximo número de soldados de Africa para que, nuevamente equipados, se encargaran de defender Italia. No logró nada: sus tropas veteranas, junto con las enviadas últimamente a Túnez, cayeron prisioneras.

Italia, tras los desastres de Rusia y Africa, carecía de fuerzas mecanizadas. Hitler ofreció a Mussolini cinco divisiones, de las que el Duce aceptó sólo tres, a mediados de mayo.

Más tarde, su propio Estado Mayor le convenció de la necesidad y aceptó más refuerzos alemanes a condición de que quedaran bajo mando italiano. Así, la guarnición de Sicilia recibió dos divisiones *panzer*: una estaba formada con elementos heterogéneos y apenas tenía carros; la otra era la *Hermann Göring* reconstruida.

Hitler creía que los aliados desembarcarían en Cerdeña y un engaño inglés le afirmó en ello. En la costa de Huelva apareció el cadáver de un supuesto oficial británico con documentos sobre la proyectada operación.

Las autoridades españolas se hicieron cargo del hallazgo y copias de los documentos llegaron a los alemanes. El truco hizo creer a la Inteligencia alemana que los aliados desembarcarían en Cerdeña y Grecia, mientras hacían una falsa maniobra en Sicilia para simular que aquel desembarco era su verdadero objetivo. Así, Hitler envió refuerzos blindados a Grecia y Cerdeña, y concentró dos divisiones de paracaidistas en el sur de Francia.

La caída de Mussolini

El desprestigio de Mussolini en Italia era entonces considerable. El fascio había acumulado errores desde su oportunista entrada en la guerra.

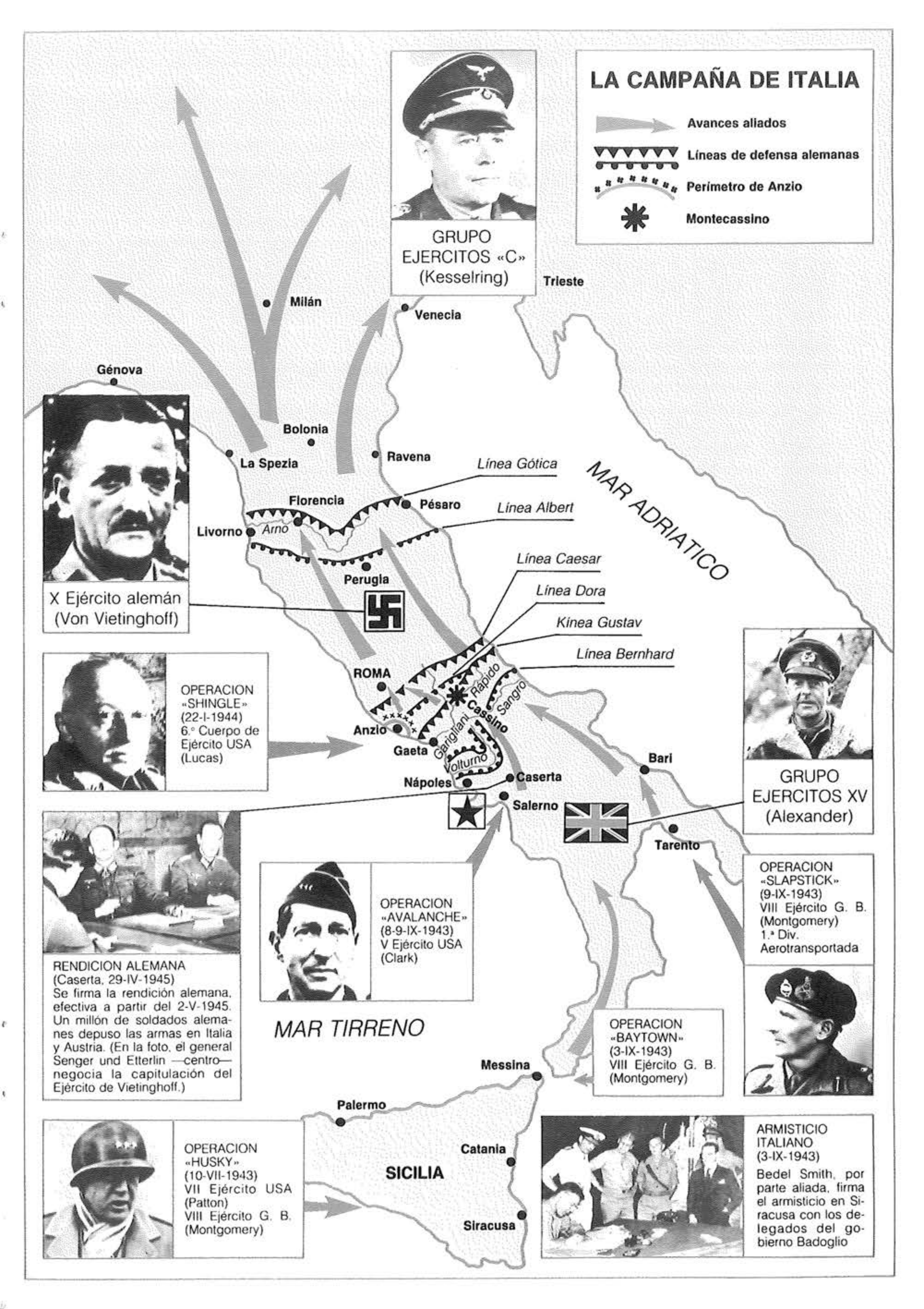
Ya antes existía un resquemor antialemán por la frontera de Brennero. Los italianos temían que Mussolini cediera a los planteamientos racistas de los nazis y les entregara el Tirol. Pero la guerra aumentó el malestar, porque exigió sacrificios sin ningún tipo de compensación moral o material.

El racismo se hacía patente en el trato dado a los obreros italianos en Alemania, castigados brutalmente por las autoridades locales y tratados como una raza inferior. Tampoco la ayuda económica que Hitler había prometido parecía llegar a Italia y el consumo diario de la población se deterioraba y aumentaba las restantes penalidades de la guerra.

La imagen de gloria militar y conquistas fulgurantes habría reforzado la posición del régimen y justificado una buena propaganda; pero las empresas militares sólo acarreaban infortunios. La invasión de Grecia, mal vista incluso por muchos fascistas, concluyó con una humillación.

Mussolini, para conservar el protagonismo, envió unidades militares al frente ruso. Pésimamente equipadas, fueron empleadas por los alemanes en el mismo papel secundario que las búlgaras o húngaras. La ofensiva de Stalingrado las arrolló en primer lugar y se cobró un alto precio de muertos y prisioneros italianos.

Los continuos desastres en Africa y las derrotas de la flota ante los ingleses no pudieron ser ocultados ni neutralizados por la propaganda de algunos hechos aislados, co-


LA CAMPAÑA DE ITALIA
Avances aliados
Líneas de defensa alemanas
Perímetro de Anzio
Montecassino
GRUPO
EJERCITOS «C»
(Kesselring)
Trieste
Milán
Venecia
Génova
Bolonia
La Spezia
Ravena
Línea Gótica
MAR ADRIATICO
Florencia
Pésaro
Línea Albert
Livorno
Arno
Perugia
Línea Caesar
Línea Dora
X Ejército alemán
(Von Vietinghoff)
Kinea Gustav
Línea Bernhard
ROMA
Rápido
Sangro
Cassino
Garigliani
Volturno
Anzio
Gaeta
Nápoles
Caserta
Salerno
Bari
Tarento
OPERACION
«SHINGLE»
(22-I-1944)
6.° Cuerpo de
Ejército USA
(Lucas)
GRUPO
EJERCITOS XV
(Alexander)
RENDICION ALEMANA
(Caserta, 29-IV-1945)
Se firma la rendición alemana, efectiva a partir del 2-V-1945. Un millón de soldados alemanes depuso las armas en Italia y Austria. (En la foto, el general Senger und Etterlin —centro— negocia la capitulación del Ejército de Vietinghoff.)
OPERACION
«AVALANCHE»
(8-9-IX-1943)
V Ejército USA
(Clark)
OPERACION
«SLAPSTICK»
(9-IX-1943)
VIII Ejército G. B.
(Montgomery)
1.ª Div.
Aerotransportada
MAR TIRRENO
OPERACION
«BAYTOWN»
(3-IX-1943)
VIII Ejército G. B.
(Montgomery)
Messina
Palermo
OPERACION
«HUSKY»
(10-VII-1943)
VII Ejército USA
(Patton)
VIII Ejército G. B.
(Montgomery)
Catania
SICILIA
Siracusa
ARMISTICIO
ITALIANO
(3-IX-1943)
Bedel Smith, por parte aliada, firma el armisticio en Siracusa con los delegados del gobierno Badoglio

mo el ataque de los *torpedos humanos* italianos a Alejandría o la ocupación de Córcega por Italia, cuando los alemanes invadieron la Francia de Vichy.

Mussolini, consciente del desgaste personal y político acumulado por la guerra, intentó convencer a Hitler de que el clima y el tamaño de Rusia hacían imposible su conquista y era mejor firmar una paz separada con ella. Hitler no cedió y la opinión pública italiana se mostró cada día más opuesta a una guerra que se había declarado en contra suya.

El desacuerdo entre los dos jerarcas aumentó por la resistencia de los italianos a entregar los judíos a la SS para su exterminio y el buen trato de las autoridades italianas a los guerrilleros yugoslavos de Mihailovic. El Duce reorganizó su Gobierno en febrero de 1943, como prueba de fuerza personal, pero Bastiani, el subsecretario de Asuntos Exteriores, parecía inclinado a oponerse a la política de Hitler y a buscar una vía para la paz.

El deterioro de la situación interna aumentó a medida que la derrota del Eje en Africa fue más evidente y el Ejército Rojo presionó con más éxito. En marzo de 1943 estallaron manifestaciones en la Fiat de Milán y el 12 los trabajadores se declararon en huelga.

Sus peticiones eran el cobro de las indemnizaciones atrasadas a quienes habían sufrido daños en los bombardeos, y el Gobierno prometió una cantidad en metálico a quienes volvieran al trabajo. Era la primera gran protesta obrera en un país del Eje y, poco después, estallaban huelgas en otras fábricas milanesas.

Mussolini, enfermo, intentó convencer a Hitler de la imposibilidad italiana de continuar la guerra en aquellas condiciones y reclamó, sin éxito, más ayuda alemana en el Mediterráneo. Cuando Túnez cayó en manos aliadas y los restos del Ejército italiano en Africa quedaron prisioneros, el desánimo y la oposición se extendieron.

La situación de Mussolini era insostenible. La circulación monetaria se había triplicado, la producción industrial descendía el 35 por 100 y, con la flota acorralada por los ingleses en el interior de los puertos y derrotado el ejército de Africa, la invasión aliada desde el sur era cuestión de poco tiempo.

Tanto el rey como muchos jerarcas fascistas pensaron que la única solución era desprenderse del pacto con Hitler y negociar una paz separada con los aliados. Mas para ello había que deponer a Mussolini.

El desembarco aliado en Sicilia precipitó la crisis. Por presiones de miembros del partido, Mussolini convocó el Gran Consejo Fascista, cuya última reunión había sido en diciembre de 1939. Las discusiones fueron confusas acerca de la vitalización del papel del rey y de la Constitución.

Entretanto, el rey pidió a Mussolini su dimisión. Cuando éste se la presentó, el rey ordenó arrestarlo y nombró al general Badoglio primer ministro.

La toma de Sicilia

La decisión del desembarco en Sicilia fue fruto de un compromiso. Los americanos consideraban una pérdida de tiempo actuar en el Mediterráneo y preferían atacar Francia, a lo que contribuían las premuras y exigencias de Stalin.

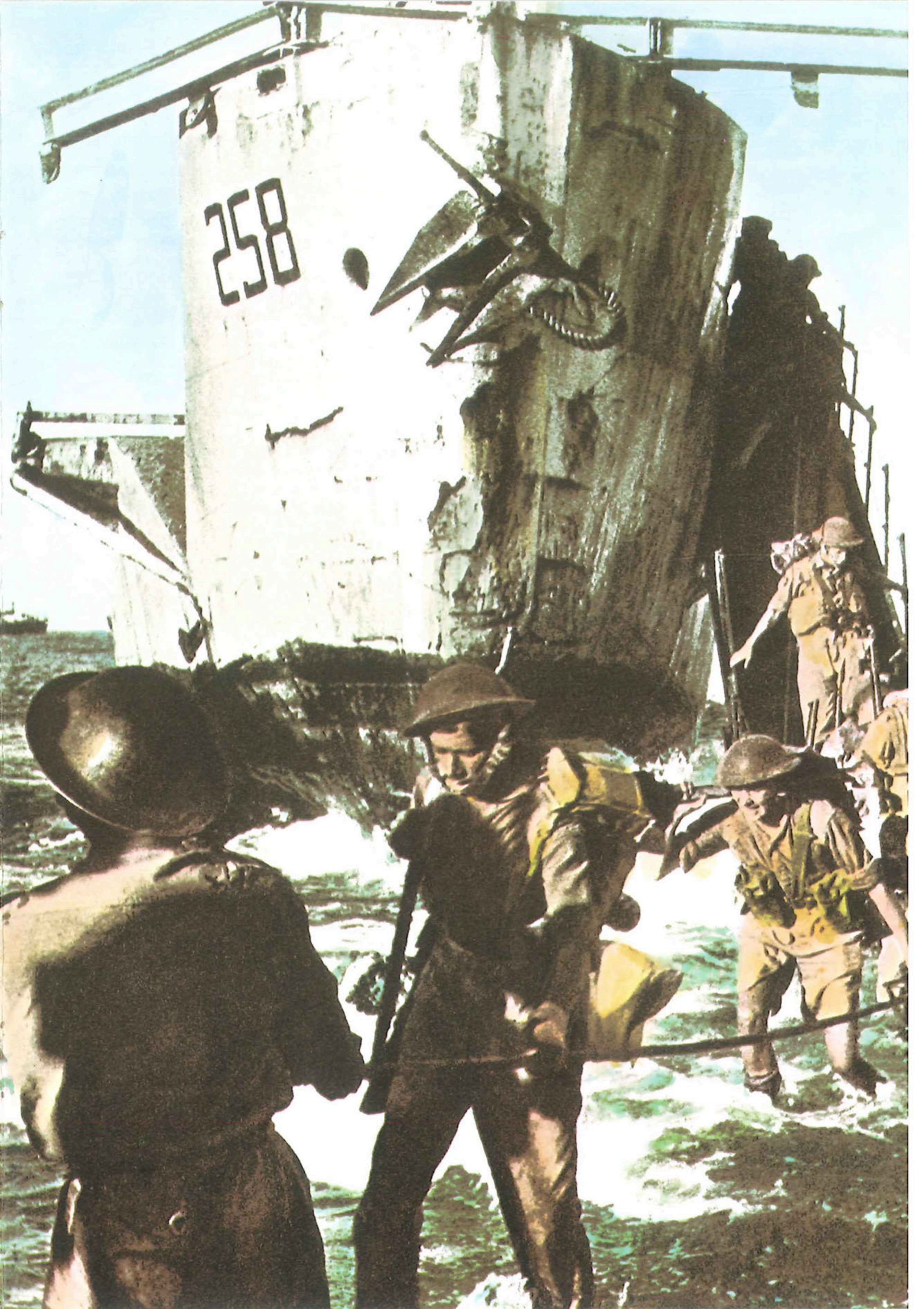
Los ingleses mantenían su tesis de que un ataque frontal a Alemania era prematuro, pero aceptaron que un *segundo frente* obligaría a Hitler a desatender parcialmente el frente ruso. Sicilia bloqueaba la libertad de movimiento en el Mediterráneo y el paso de los convoyes que llegaban a la India, y el Estado Mayor británico abogó por conquistarla.

La inminencia de un desembarco aliado en algún punto del sur de Europa era general: la escuadra de Cunningham (seis acorazados y cuatro portaaviones más escoltas), un millón de hombres equipados en el norte de Africa y las enormes previsiones de material no dejaban lugar a dudas.

Tres islotes (Pantelleria, Lampedusa y Linosa) eran las defensas avanzadas de Italia en el sur. Sobre todo Pantelleria había sido fortificada concienzudamente durante cuatro años, contaba con una guarnición de casi 15.000 hombres, 40 baterías antiaéreas y una fuerza propia de cazas. Los bombardeos navales y aéreos de los aliados bastaron para que se rindiera, aunque su guarnición, perfectamente protegida, apenas había sufrido daños. Las dos islas restantes no necesitaron pretextos para entregarse también.

Sicilia estaba guarnecida por diez divisiones italianas y tres alemanas (Guzzoni). Los

Las primeras tropas aliadas desembarcan en Sicilia


258

LLEGAN LOS AMERICANOS

El resultado de la Segunda Guerra Mundial hubiera sido diferente sin la presencia norteamericana, sin el poderío de sus industrias, sin sus ilimitados recursos en materias primas y sin su generosidad a la hora de distribuir la ayuda.

Al final de la guerra, Estados Unidos contaba con un poderoso ejército de ocho millones de soldados —aproximadamente un 10 por 100 del total de hombres involucrados directamente en la guerra—. Su Ejército y equipo doblegaron a Japón y fueron pieza importante en las campañas de Africa, Italia y Francia.

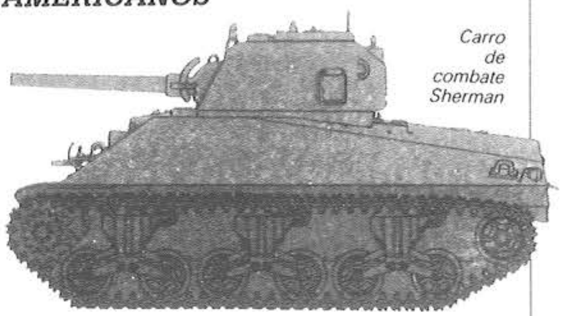
Pero esa contribución directa no fue, ni de lejos, la más importante para la victoria aliada en Europa. Desde el comienzo de las hostilidades —antes de declararse beligerante contra el Eje —hasta el final, Washington entregó a sus aliados armas, municiones, combustible, barcos, camiones, locomotoras, motores de todo tipo, pertrechos y alimentos por valor de 20.000 millones de dólares (Gran Bretaña, 62,8 por 100; URSS, 22 por 100; Francia, 8,8 por 100; China, 3,17 por 100; resto, 3,1 por 100).


Bazooka

Con tales medios hubieran podido equiparse 2.000 divisiones de infantería o 600 divisiones blindadas (seis millones de hombres con 130.000 tanques, 35.000 piezas de artillería autopropulsada y un millón de vehículos de todo tipo).

La tecnología norteamericana ofreció a sus aliados un nuevo armamento equiparable o superior al alemán (y no se toma en cuenta aquí la bomba atómica). Con los norteamericanos llega a Africa el *bazooka*, lanzador de cargas huecas capaces de traspasar cualquier coraza de tanque; el *walkie-talkie*, teléfono inalámbrico de gran utilidad en campaña; el *jeep*, pequeño vehículo todo terreno, duro, sencillo y muy fácil de reparar...

Pero ya antes, los ejércitos británico y soviético habían recibido millares de motores, de vehículos, de tanques... Gran Bretaña había sobrevivido al acoso alemán e italiano contra sus comunicaciones gracias a centenares de mercantes y destructores recibidos de Estados Unidos. De América le llegaron al Ejército británico los carros *Grant* y *Sherman*, capaces de medirse a los *Mark IV* alemanes, como Rommel comprobaría en Africa; también enviaron los norteamericanos excelente artillería pesada y magníficos cañones autopropulsados.


Carro de combate Sherman

A partir de 1942, proporcionarían millares de cazas inicialmente tan buenos como los británicos o los alemanes y, posteriormente, mucho mejores. Finalmente, pondrían sobre el cielo europeo los elementos para una incontestable superioridad aérea: los grandes bombarderos, que convirtieron en montones de escombros industrias y ciudades alemanas.

En el mar, sus unidades pudieron competir con las mejores, tanto aliadas como enemigas, y, a partir de 1943, sus acorazados y portaaviones no sólo eran mucho más numerosos que los de los demás beligerantes, sino también superiores.

La *operación Torch*, debut del novel Ejército norteamericano en el frente occidental, constituyó una tremenda prueba. Hasta entonces se habían batido con bravura y desigual fortuna en Asia (Filipinas y Guadalcanal), pero aquello era un residuo de guerra colonial, técnica y tecnológicamente retrasada, por más que la endureciera el tesón combativo de los japoneses.

El debut fue terrible. En la primera embestida de las tropas alemanas de Von Armin y Rommel, tuvieron los norteamericanos más bajas en Túnez que en seis meses de lucha en Guadalcanal. Al norte de Africa enviaron los norteamericanos unos 200.000 hombres y en tres meses sufrieron unas 20.000 bajas (4.439 muertos). Las cifras serían más elevadas en Italia y más en Francia y los Países Bajos.

En total, los norteamericanos tuvieron cerca de millón y medio de bajas —406.000 muertos—, entre el frente occidental y el del Pacífico.



Jeep

aliados (Alexander) prepararon dos agrupaciones para atacar por sus dos extremos.

Una fuerza británica de 795 buques transportaba y protegía las tropas británicas y canadienses (Montgomery), embarcadas en toda la costa norte de Africa e Inglaterra, que contaban con 715 embarcaciones para llegar al extremo oriental de la costa siciliana.

Una segunda fuerza debía desembarcar en el extremo occidental; se trataba de las divisiones norteamericanas (Patton) de Africa y otras recién llegadas de América, que fueron transportadas en 580 buques, con 1.124 lanchas de desembarco.

El mando del general Eisenhower se estableció en Malta y, en la madrugada del 10 de julio, los aliados saltaron a Sicilia.

El desembarco lo llevaron a cabo ocho divisiones simultáneamente y fue mayor que el realizado, casi un año más tarde, en Normandía. En los tres primeros días saltaron a tierra 150.000 hombres y, al final de la operación, había en Sicilia casi medio millón de soldados aliados.

La superioridad aérea aliada fue aplastante (4.000 aviones contra 1.500) y el peor enemigo de los desembarcados fue el mal tiempo. Las lanchas de asalto fueron zarandeadas por las olas y las fuerzas aerotransportadas tuvieron dificultades.

Era la primera vez que los aliados intentaban una operación aeroterrestre en gran escala. Dos divisiones (1.ª británica y 82 americana) debían tomar tierra en la isla. Los paracaidistas americanos fueron dispersados por el viento y de los 134 planeadores ingleses, 47 cayeron al mar. Pero esta dispersión benefició indirectamente la invasión, porque los italianos y alemanes se desconcertaron al encontrarse grupos de aerotransportados enemigos en todas partes.

La situación política y el cansancio de la guerra afectaron a los italianos que guarnecían las playas. No pusieron ningún empeño en la defensa y se rindieron, casi sin disparar un tiro.

Pero los alemanes de la *Hermann Göring* habían recibido nuevos tanques *Tigre* de 56 toneladas, con los que contraatacaron al segundo día. Sólo unos pocos carros americanos estaban en tierra y los alemanes arrollaron las líneas, llegando hasta las dunas de la costa, donde el fuego de los cañones de la flota los contuvo.

Entretanto, las unidades italianas se desmandaban, incendiaban los depósitos de gasolina, destruían las armas y se rendían en masa. Sólo algún grupo aislado de carros anticuados, *bersaglieri* y la *División 206* resistían aisladamente.

El día 23, Patton ocupó Palermo, y el 17 de agosto, los americanos llegaron a Mesina. Los alemanes se habían retirado combatiendo. A pesar de los duros bombardeos, consiguieron atravesar el canal que separa Sicilia del continente y ponerse a salvo.

El día 3 de septiembre, Montgomery, con dos divisiones cruzó también el canal. Los aliados habían llegado al continente.

El bombardeo de Alemania

Al principio de la guerra, los alemanes creían que los bombardeos estratégicos de la Primera Guerra Mundial habían sido un fracaso, y la invasión de Polonia, Noruega y la campaña de Occidente demostraron la efectividad del ataque aéreo en apoyo directo a las fuerzas de tierra.

Los ingleses tenían la teoría contraria: el bombardeo sólo sería efectivo si se lanzaba contra objetivos de retaguardia. Pero la opinión pública era contraria a bombardear indiscriminadamente y no se autorizó a atacar emplazamientos situados más allá del Rin hasta el 15 de mayo de 1940, en que se lanzaron 99 bombarderos sobre objetivos ferroviarios y depósitos de petróleo del Ruhr.

La *batalla de Inglaterra* transformó las perspectivas y los ingleses se dedicaron a bombardear puertos, buques y fábricas de aviación, olvidándose de otros objetivos.

La oposición británica al ataque de ciudades desapareció cuando los alemanes bombardearon Rotterdam, el 14 de mayo de 1940, y sobre todo cuando lo hicieron sobre Londres, el 24 de agosto. En ambas ocasiones, las bombas alemanas habían caído por errores de navegación aérea, pero nadie podía entonces creer en ello.

Por presión de Churchill, en octubre se ordenó que, durante las noches claras, se bombardearan puntos concretos en refinerías, depósitos de petróleo y ciudades. Cuando la experiencia demostró que sólo la décima parte de las bombas habían caído a menos de siete kilómetros del blanco, se pensó que, aunque inútiles por imprecisas, servirían no obstante para aterrorizar a la población alemana y hacerle desear el fin de la guerra. Según Churchill, tales ataques resultarían ineficaces, y era necesario

aprender a bombadear de día y con métodos exactos.

Pero, desde febrero de 1942, la política inglesa del bombardeo se concretó en quebrantar la moral *de la población civil y en particular de los obreros industriales,* gracias al ataque sobre las grandes ciudades fabriles.

Los alemanes intensificaron su defensa aérea, aumentaron el número de cazas nocturnos y de reflectores, y crearon un radar para dirigir la defensa.

En aquel año tuvieron lugar las llamadas *incursiones de mil bombarderos.* Una de sus acciones fue destruir la mayor parte de Colonia en la noche del 30 de mayo. Pero se desistió de ellas porque, aunque la propaganda exageraba sus efectos, excepto en algún caso aislado su efectividad había sido pequeña.

La conferencia de Casablanca decidió incrementar los bombardeos, porque creyó que serían una preparación eficaz para la futura invasión de Europa. La conferencia de Washington estableció que los bombarderos americanos e ingleses debían coordinarse para destruir la Luftwaffe, cuya fuerza se había duplicado en 1943, y la industria aeronáutica.

Entre marzo y julio de 1943 se realizaron 43 incursiones sobre el Ruhr. Primero fue un ataque sobre Essen, donde estaban las principales fábricas Krupp. Duisburg, Dortmund, Düsseldorf, Bochum y Aachen sufrieron después ataques devastadores y Barmen-Wuppertal casi desapareció en un solo bombardeo, mientras los pantanos de Möhne y Eder, en el Ruhr, eran destruidos también. Los métodos de dirección y señalización se habían perfeccionado y la destrucción fue mucho más precisa que en ocasiones anteriores.

Tras los ataques al Ruhr se inició otra operación parecida sobre Hamburgo. Entre julio y noviembre, 17.000 aviones despegaron contra la ciudad. Los ingleses tenían un nuevo sistema para engañar al radar enemigo y sus bombas explosivas e incendiarias destruyeron el centro urbano.

A finales de mayo, una fuerza americana se unió a los ataques y, en los meses siguientes, la devastación se extendió a Mannheim, Francfort, Hannover y Kassel. El 17 de agosto fue atacada la estación de Peenemünde, en el Báltico, donde se investigaban las futuras bombas volantes V-1.

El bombardeo sobre Berlín fue menos eficaz por la distancia y la acción de la caza alemana. Stalin estaba interesado en este objetivo y Churchill lo empleó como una especie de regalo político, entre noviembre de 1943 y marzo de 1944.

Un total de 20.000 salidas afectaron a Berlín y, en menor grado, a Stuttgart, Francfort y Leipzig. Los daños fueron mucho menores que los sufridos por Hamburgo. Y como los bombarderos tuvieron un desgaste mucho mayor, el objetivo acabó por abandonarse.

Al acabar 1942, los bombardeos, hasta entonces casi exclusivamente a cargo de los ingleses, se integraron en la estrategia general. Las primeras incursiones americanas se iniciaron en 1942, en pequeña escala, y aumentaron en 1943.

En un principio se pensó que las *fortalezas volantes* podrían defenderse con sus propias ametralladoras y blindaje, pero los derribos de la caza alemana obligaron a protegerlas con cazas *Mustang,* más rápidos que cualquier otro alemán. La técnica americana de bombardeo era diurna, a diferencia de los ingleses, que preferían atacar durante la noche.

La invasión de Italia proporcionó aeródromos al sur de la península que permitían llegar a todo el territorio del Reich. En 1942 se habían lanzado 48.000 toneladas de bombas sobre Alemania, en 1943 pasaron a 207.000 y en 1944 a 915.000.

Al coordinarse, los ingleses se dedicaron al bombardeo de objetivos más precisos, mientras los americanos se encargaban del ataque a las ciudades, de acuerdo con su plan para desarticular la economía alemana.

En vísperas del desembarco de Normandía, todos los bombardeos se dedicaron a allanar el camino de la invasión y quedaron sometidos al cuartel general de Eisenhower. Poco antes, los aliados habían conseguido la superioridad aérea gracias al ataque masivo de la aviación americana en febrero-abril de 1944.

A partir de entonces, los bombarderos hicieron verdadero daño, porque en 1943 no habían tenido una influencia real en la producción alemana. El apoyo al desembarco consistió en destrozar el sistema alemán de transporte, que produjo también muchas bajas entre la población civil francesa.

Los americanos se encargaron entonces de atacar los depósitos de petróleo en Alemania, mientras los ingleses atacaban el sistema ferroviario francés, todo ello sin abandonar objetivos militares, como emplazamientos de cohetes y baterías de costa.

Después del desembarco, la aviación



Churchill con los mariscales Portal y Alanbrooke, el almirante Cunningham y los generales Hollis e Ismay, 1944

Factoría alemana en ruinas tras un bombardeo aliado

Calle de Francfort castigada por las incursiones de la aviación aliada

bombardeó toda clase de objetivos, pero tendió a abandonar el *bombardeo por áreas* para concentrarse en blancos más pequeños. En especial, los campos petrolíferos rumanos, las refinerías y los depósitos fueron arrasados, con un efecto muy perjudicial para el Eje.

En el verano de 1944, Alemania había producido una enorme cantidad de tanques y aviones, que quedaron inmovilizados porque carecían de combustible. Entre las destrucciones y los ataques, la fuerza aérea germana comenzó a descender notablemente, mientras la aliada aumentaba. Cuando los cazas alemanes se hicieron escasos, los bombarderos atacaron impunemente y los ingleses empezaron a bombardear durante el día.

Entre octubre y mayo de 1945, los bombarderos se hicieron los señores del cielo, sin práctica oposición. Entonces las bombas aplastaron verdaderamente la capacidad alemana de resistencia.

A principios de 1945, para complacer a los rusos, los aliados reiniciaron los bombardeos masivos, destinados a aterrorizar a la población. A mediados de febrero, la ciudad de Dresden fue devastada con la criminal intención de destruir la población civil y los miles de refugiados, y no fábricas ni ferrocarriles.

Poco después, la marcha de la guerra tocaba a su fin y la aviación abandonó los ataques estratégicos para enfocar objetivos militares.

Italia

En el verano de 1943, la batalla de las comunicaciones navales era una victoria aliada, y el Atlántico, una zona cada vez más segura para los transportes. En marzo, todavía habían hundido los submarinos alemanes 477.000 toneladas, pero en julio sólo se perdieron 123.000, contra el hundimiento de 37 submarinos.

La conferencia de Quebec (agosto 1943) rechazó la vieja idea de Churchill de invadir los Balcanes, para atacar a Alemania en unión del Ejército ruso. En los Balcanes se ayudaría a las guerrillas, se atacaría con aviación, pero no habría tropa aliada.

En cambio, proseguirían las operaciones en Italia, para eliminar la resistencia y lograr aeródromos con que bombardear Alemania. El gran desembarco final se haría en Francia, pero con dos operaciones de diversión: la campaña italiana y otro desembarco en el sur de Francia.

Las operaciones se iniciaron el 3 de septiembre. Italia fue invadida desde el sur, en lugar de hacer un nuevo desembarco al norte, que habría yugulado una posible afluencia de tropas alemanas.

Sólo había seis divisiones alemanas debilitadas en el sur y otras dos cerca de Roma. El nuevo Gobierno italiano de Badoglio estaba ansioso de firmar la paz, pero la doctrina aliada de *rendición incondicional* era un obstáculo para negociaciones rápidas.

En cambio, los alemanes se dieron prisa. Enviaron a Rommel a Italia, ocuparon los pasos de la frontera norte y empezaron a introducir tropas en la península, haciendo oídos sordos a los italianos.

Así, cuando se produjo la invasión aliada, las tropas alemanas del sur de Italia (Kesselring) estaban apoyadas por ocho divisiones situadas en los Alpes (Rommel), y una división de paracaidistas había sido trasladada de Francia a Roma.

El mismo día en que comenzó la invasión, los representantes italianos firmaron secretamente la rendición. Cinco días después, un ejército americano (Clark) desembarcó en Salerno y la BBC anunció que Italia abandonaba la guerra.

Los alemanes, mezclando persuasiones y amenazas, se apoderaron de Roma, lograron que la escuadra no abandonara La Spezia para unirse a los ingleses en Malta y el día 12 un golpe de mano alemán liberó a Mussolini, que estaba detenido en el Gran Sasso.

Los alemanes no atendieron su petición de retirarse de la política y le obligaron a convertirse en jefe de una nueva república fascista, dado que el rey parecía dispuesto a entregarse a los aliados. A principios de octubre, la nueva capital de Mussolini quedó instalada en Saló, junto al lago de Garda.

La segunda fase de la ofensiva aliada comenzó el 9 de septiembre con el desembarco americano de Salerno. Antes de que hubieran desembarcado los carros de combate, seis divisiones alemanas atacaron y cortaron en dos la cabeza de la playa.

Sólo los cañones de la escuadra y la acción intensiva de la aviación evitaron un desastre, y el 16 de septiembre, los ingleses que avanzaban desde el sur y los americanos de Salerno se unieron.

Los alemanes abandonaron la región de Foggia y la ciudad de Nápoles, antes de que llegaran los aliados. El frente alemán

se replegó al río Volturno. Su maniobra consiguió retrasar el avance aliado apoyándose en los cauces transversales de los ríos y minando las difíciles carreteras y caminos de los Apeninos.

Entre los italianos habían estallado simultáneamente varias guerras civiles. Los *neofascistas* de la República de Saló perseguían a los fascistas traidores y a los antifascistas; en el sur, los fascistas eran perseguidos por los antifascistas.

Los alemanes eran los verdaderos amos de la nueva República, que, con dificultades, pudo reunir sólo cuatro divisiones. El propio Mussolini estaba virtualmente prisionero de una *casa militar* impuesta por Hitler y una escolta de la SS para su seguridad personal.

El frente italiano era demasiado estrecho para maniobrar espectacularmente y, además, desde octubre de 1943, Kesselring contaba con 19 divisiones y los aliados sólo con 13. Mientras avanzaba el otoño, los alemanes se dedicaron a fortificar una buena posición para resistir el avance aliado durante el invierno, momento en que Rommel fue trasladado a Francia.

Por haber elegido el sur de Italia y Salerno como lugares de desembarco, el avance aliado se hizo muy lento. En cuatro meses sólo recorrieron un centenar de kilómetros, y la repetida tendencia de consolidar cada avance retrasó aún más las operaciones.

Los aliados se limitaron a marchar lentamente en una península estrecha, sin aprovechar el poder anfibio que les daba gran facilidad para efectuar continuos desembarcos detrás de cada línea defendida por los alemanes.

En la conferencia de Teherán (noviembre de 1943) los americanos y Stalin coincidieron en sacar tropas del frente italiano y desembarcarlas al sur de Francia, para progresar hacia el norte por el valle del Ródano y luego por el del Rin superior.

La batalla del Atlántico

Churchill mantuvo que las operaciones en Italia distraían fuerzas alemanas que, en otro caso, se emplearían en Normandía. Sin decírselo a los americanos, confiaba en un triunfo inglés en la península italiana, mientras comprendía que Normandía iba a ser una hazaña americana.

A pesar de los esfuerzos anteriores, lo más duro de la lucha en el mar fue la campaña de 1943. Dönitz sustituyó al almirante Reader porque Hitler estaba indignado por

Desembarco norteamericano en Salerno, 8-9 de septiembre de 1943



el fracaso del ataque contra un convoy del Artico, a cargo de dos acorazados y seis destructores alemanes.

Dönitz, que ya mandaba los submarinos, quedó ahora como jefe de toda la Marina y formó una fuerza especial con el *Tirpitz*, el *Lützon* y el *Scharnhost*, refugiados en los fiordos noruegos.

Tras una temporada de mal tiempo, los submarinos se hicieron de nuevo a la mar. Fueron afortunados sus ataques que, en marzo, hundieron 627.000 toneladas.

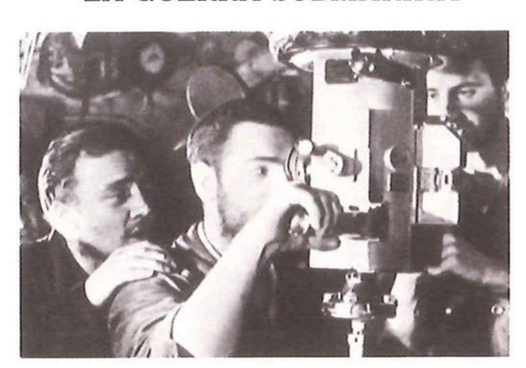
Era un triunfo como el del verano de 1942, a pesar de todas las nuevas técnicas antisubmarinas, la navegación en convoyes. Fue el momento más grave para las comunicaciones inglesas, a punto del colapso.

La contraofensiva antisubmarina tuvo éxito. Los americanos se encargaron de proteger las rutas del Atlántico sur, mientras al norte patrullaban ingleses y canadienses equipados con los vitales *Libertador*, aviones americanos de largo alcance.

La batalla se estableció alrededor de los convoyes. Los submarinos atacantes sufrieron pérdidas notables, gracias a que el radar y el asedio se habían perfeccionado.

En mayo, la tercera parte de los *U-boote* del Atlántico norte fueron bajas y Dönitz ordenó la retirada temporal. En julio, los aliados lograron que la construcción naval

LA GUERRA SUBMARINA



Comandante de un submarino alemán observa por el periscopio

La guerra submarina revistió una importancia infinitamente superior a lo visto en anteriores conflictos. Baste decir que entre 1939 y 1945 fueron hundidos 5.150 buques mercantes de más de 500 toneladas, con un total de 21.570.720 toneladas brutas. Para comprender la magnitud de esta cifra debe saberse que equivale casi al registro bruto de la Marina mundial en 1939.

El grueso de esas cifras de hundimientos corrió a cargo de los submarinos alemanes, que enviaron al fondo de los océanos, del Atlántico fundamentalmente, 13.570.000 toneladas de buques. Estas astronómicas cifras amenazaron estrangular a Gran Bretaña, cortando cerca del 40 por 100 de sus suministros de materias primas y alimentos en algunos momentos.

Al iniciarse la guerra, Alemania contaba con 65 submarinos, la mitad de ellos sólo aptos para la instrucción o el empleo costero. Sin embargo, esa arma daría porcentualmente los mayores éxitos a Berlín, tal como se indican en el cuadro.

Grandes enemigos de los submarinos fueron el ASDIC, que les localizaba sumergidos; el radar, que les detectaba en superficie, zona habitual de ataque durante la noche; la aviación, de autonomía superior cada vez, que llegó a contar con un millar de aparatos dedicados exclusivamente a la protección de los convoyes.

Ante tales avances, los submarinos alemanes también evolucionaron, pero mucho más lentamente que las contramedidas que se les oponían. Por ello, a partir del verano de 1943 quedó claro que su guerra era una causa perdida.

Año	N.º buques hundidos	Tonelaje	Subm. perdidos	Subm. botados
1939	114	421.000	9	18
1940	471	2.186.200	22	50
1941	432	2.171.750	35	198
1942	1.172	6.150.340	87	238
1943	488	2.586.900	242	283
1944	145	773.300		234
1945	53	281.700	330 (1)	87
Tot.	**2.875 (2)**	**14.571.190 (3)**	**725 (4)**	**1.108**

(1) 121 fueron hundidos en puerto por los bombardeos o desaparecieron a causa de averías.

(2) Los submarinos alemanes hundieron 2.603 mercantes y 175 buques de guerra, en total, 2.778 barcos. Los 97 restantes cayeron bajo el ataque de submarinos italianos a las órdenes del mando alemán o bajo las bombas de los *FW-200* de la Lutwaffe.

(3) 1.001.190 toneladas corresponden a esos 97 buques de la nota anterior.

(4) Esos buques se llevaron al fondo del mar a 28.000 marinos; 5.000 submarinistas más caerían en poder de los aliados.



Almirante Karl Dönitz

Submarino alemán entrando en su base tras una misión en el Atlántico

fuera superior al ritmo de hundimientos.

La victoria contra los submarinos se apoyó en varios elementos técnicos. Los *Libertador* eran capaces de patrullar zonas muy amplias e hicieron imposible la reunión de varios submarinos para atacar.

El radar, los nuevos cohetes antisubmarinos y las cargas de profundidad cada vez más perfectas, proporcionaron medios muy potentes. La creación, en 1942, de un centro científico para estudio de la táctica contra los submarinos y la organización de convoyes planificó rigurosamente cualquier operación.

Como en las batallas de superficie, la aviación demostró su capacidad en el mar. Entre junio y agosto de 1943 fueron hundidos 79 submarinos, 58 de ellos presas de los aviones.

Para recuperarse, los alemanes aumentaron de 30 a 40 su producción mensual de submarinos; adoptaron el *Schnorkel*, un ingenio que permitía navegar sin necesidad de salir a la superficie para cargar baterías.

Una bomba planeadora y nuevos torpedos, que se dirigían hacia el barco guiados por el ruido de sus hélices, dieron nuevo impulso a la campaña. Pero, en dos meses, sólo pudieron hundir nueve buques en el Atlántico norte y perdieron 25 submarinos.

Después de ello, Dönitz tuvo que abandonar los ataques masivos a los convoyes.

En marzo de 1944, los submarinos se replegaron hacia la costa para prevenir la invasión y el Atlántico quedó libre para la navegación aliada. En noviembre de aquel año, los bombarderos de la RAF hundieron al *Tirpitz*, un magnífico acorazado alemán que estaba refugiado en Noruega y solo una vez había podido disparar su armamento pesado.

Los grandes buques de superficie, mantenidos en reserva por el mando alemán, absorbieron gran cantidad de fuerzas navales inglesas, siempre preocupadas por su presencia en la costa europea, amenazando a los convoyes. El *Tirpitz*, que había sido atacado muchas veces por la Aviación y hasta por submarinos enanos, sobrevivió a combates muy duros. Otro buque notable, el *Scharnhorst*, fue hundido en 1943 cuando interceptaba un convoy en el Artico.

Aunque el *Schnorkel* suprimió la necesidad de salir periódicamente a superficie, principal defecto de los submarinos, la campaña ya no pudo activarse. En los últimos cuatro meses de 1944, sólo 14 mercantes se hundieron en el Atlántico norte.

Al principio de 1945, el *Schnorkel*, que evitaba las localizaciones de la Aviación, y un esfuerzo en los astilleros permitieron aumentar la flota submarina; en marzo, Alemania contaba con 463 unidades, su cifra récord. Pero los aliados retrasaron su salida al mar lanzando desde el aire gran cantidad de minas al Báltico. Apenas causaban daños, pero retrasaron los entrenamientos de las nuevas tripulaciones. Los inventos de activar la campaña fueron ya ineficaces, dado lo avanzado de la guerra y la inminente derrota alemana.

Cuando el conflicto terminó, Alemania había botado un total de 1.157 submarinos, de los que 363 estaban entonces en servicio. Sólo 159 se entregaron a los aliados. La tripulación de 203 prefirió suicidarse, hundiéndose con su barco, o desaparecer sin dejar rastro.

Rusia en el 43

El derrumbamiento de Stalingrado puso en un aprieto al *Grupo de Ejércitos A* que operaba en el Cáucaso (Kleist). En la primera semana de enero parecía que los rusos iban a cercarlo.

Tras una primera orden de resistir a toda costa, Hitler permitió el repliegue, con el requisito de no abandonar el material. La resistencia de los alemanes situados en Stalingrado salvó a sus compañeros del Cáucaso, porque muchas tropas rusas estaban empeñadas contra la ciudad y no pudieron cortar el camino a los alemanes que se retiraban por el sur.

En Stalingrado resistían difícilmente, faltaba munición y artillería, material sanitario, combustible para cocinar... Los hombres hambrientos morían de disentería y congelación a 28 grados bajo cero.

El 8 de enero el mando ruso pidió a Von Paulus que capitulara. Se negó y, dos días después, los rusos (Rokossovski) se lanzaron al asalto. La situación se hizo desesperada y Von Paulus pidió permiso para rendirse. Hitler se lo negó; era preciso cumplir *un deber histórico en Stalingrado hasta el último hombre*.

El 25 de enero, los rusos tomaron el aeródromo y el *VI Ejército* alemán quedó aislado. Al fin, con los rusos en todas partes, Von Paulus se rindió el 31 de enero de 1943 y sus últimos hombres tres días después.

El *destino histórico* de los alemanes en Stalingrado fueron 100.000 muertos y 130.000 prisioneros, de los que muchos miles murieron en las primeras semanas de cautiverio.

Las tropas del Cáucaso se retiraban por carretera, amenazadas por refuerzos rusos que afluían sin cesar. Esta vez, el invierno favoreció a los alemanes.

Los rusos acudían en tren y luego debían marchar a campo través, para cortarles la retirada. Las masas de nieve, en un país con pocas comunicaciones, los retrasaban desde que abandonaban el tren.

Justamente en el momento en que se rendía Stalingrado, los alemanes del Cáucaso pudieron cruzar el Don, mientras los blindados de Von Manstein se retrasaban para cubrirlos. El éxito de esta retirada fue un pretexto para Hitler: el sacrificio de los soldados de Stalingrado había salvado a sus compañeros del Cáucaso.

La recuperación militar rusa era evidente. En el norte, tras diecisiete meses de cerco completo, se abría una esperanza para Leningrado. Una ofensiva rusa logró penetrar por la orilla del lago Ladoga y establecer un pasillo por donde la población recibió alimentos y refuerzos.

En el invierno anterior, el frío y la inmen-

sidad contuvieron a los alemanes, pero en 1943 el Ejército soviético demostró que ya era una fuerza militar eficaz. Había mejorado respecto a 1942. Los mandos tenían más experiencia y el equipo era más completo.

Las fábricas trasladadas a los Urales trabajaban ya a pleno rendimiento y producían carros, artillería y armamento ligero en grandes cantidades, y con calidad muchas veces superior a la alemana. Su punto flaco eran los transportes sobre ruedas y los suministros, pero mejoraron gracias a los envíos americanos de camiones y alimentos envasados. La capacidad de resistencia de los soldados rusos suplía el resto de las deficiencias.

Muchos de los antiguos jefes habían sido drásticamente separados del mando y oficiales más jóvenes tomaron el relevo. Ello hizo que la edad media de los jefes superiores fuera veinte años inferior a la de sus colegas alemanes. Su comportamiento en el combate fue muy obstinado y las grandes existencias de tropas les permitió mantener la antigua táctica rusa de lanzarse contra un objetivo hasta tomarlo al precio que fuera.

En todo el frente se sucedieron alternativamente ofensivas que debilitaban el poder de resistencia de los alemanes, carentes ya de reservas. Cada vez que los rusos querían tomar una posición, varios ataques indirectos entorpecían la resistencia y minaban la moral de los defensores. Luego, el ataque principal lanzaba grandes masas de artillería, infantería y carros sobre el punto central.

Así, durante febrero, las tropas del sur recibieron continuos ataques por su derecha, hasta que, el 16, los rusos tomaron Jarkov y los alemanes que se retiraban desde el Cáucaso temieron verse cercados.

Como siempre, el clima fue fundamental. Esta vez, contra los rusos. A mediados de febrero, el Ejército Rojo pretendía cortar el último pasillo por donde los alemanes podían escapar y éstos reunían fuerzas para contener el ataque.

Aquel año, las temperaturas cedieron en febrero, el deshielo se adelantó y los rusos quedaron retrasados.

Hasta entonces habían avanzado confiados en los propios alemanes. Las tropas del Ejército Rojo carecían de suficientes vehículos y abastecimientos, y se aprovecharon de los medios alemanes capturados.

Cada almacén y cada camión ocupado era un aliento al avance. Hasta que los alemanes empezaron a resistir y los rusos a tener menores presas. En el sentido de la

Nikita Kruschev entra en Kiev tras la liberación de la ciudad



marcha alemana había muchas vías férreas, pero muy pocas transversales que pudieran aprovechar los rusos.

Además, los alemanes habían empezado la campaña con un frente enorme que las unidades no podían cubrir. Ahora se había reducido unos 1.000 kilómetros, de modo que estaban más concentrados y eran más fuertes. Los rusos, en cambio, habían corrido mucho y ahora tenían una larga cuña de tropas, entre el Donets y el mar de Azov, que estaba en una situación de difícil defensa.

Los alemanes aprovecharon la oportunidad: Von Manstein atacó en la última semana de febrero. Sus blindados partieron en dos la cuña y arrinconaron una gran concentración de tropas cerca de Jarkov. De haber tenido más fuerza, podrían desnivelar el frente otra vez.

Los rusos se defendieron tenazmente, mientras recuperaban Jarkov el 15 de marzo. Luego continuaron hasta Belgorod, pero llegó el deshielo generalizado. La estepa se convirtió en un fangal en que se hundían los camiones y se atascaban los carros. El avance se detuvo.

En el frente de Moscú, los rusos avanzaron mientras retrocedían en el sur. Cerca de Smolensk el frente alemán penetraba en territorio enemigo como una península.

Desde noviembre, los rusos atacaron el saliente y, cuando cayó Stalingrado, se acentuó el peligro. Hitler, como siempre, se opuso a la retirada, apurado por el pésimo efecto de ceder terreno en el frente de Moscú. Pero en marzo tuvo que aceptar que todo el saliente se abandonara para no perder allí más tropas.

La ofensiva de verano

La ofensiva alemana de verano estuvo montada sobre el engaño: la disminución de la potencia se había ocultado cuidadosamente y el número aparente de tropas era falso. Se hablaba de numerosas unidades militares, pero la mayoría estaban al 50 por 100 de sus armas y efectivos, mientras la propaganda y la seguridad militar impedían saber la verdad.

Pero aquel año, la consabida ofensiva alemana de verano se retrasó más que nunca. Hitler creía que podría cambiar el sentido de la guerra con una operación de tenaza sobre Kursk, a medio camino entre Moscú y el mar de Azov.

El ataque comenzó el 5 de julio y, en el brazo sur de la tenaza estaban las tropas acorazadas de Von Manstein. En conjunto, la mitad de las fuerzas disponibles y casi todos los tanques del frente. Los rusos habían minado profundamente el terreno y la penetración alemana ya no fue una carrera, sino un avance penoso que, al cabo de una semana, obligó a retirar las divisiones *panzer*.

Los rusos lanzaron su propia ofensiva el día 12 hacia Orel, entre Kursk y Moscú, mientras en todas partes se desencadenó una lucha encarnizada que duró más de dos semanas. El 4 de agosto recuperaron Belograd, el 5 tomaron Orel, después se acercaron hasta la retaguardia de Jarkov, aprovechando el agotamiento de los alemanes.

La divisiones *panzer* estaban muy debilitadas, aunque sus carros *Tigre* y *Pantera* eran armas magníficas. Contuvieron el ataque ruso, evacuaron Jarkov sin pérdidas y estabilizaron la situación. Luego hubo un mes en que todos descansaron para el drama siguiente.

En la segunda mitad de agosto, los rusos reanudaron los ataques alternativos en puntos diferentes. No tenían capacidad para grandes maniobras, basadas en movimientos muy amplios de tropas, pero su procedimiento era cauto y demoledor.

En sus buenos tiempos, las ofensivas alemanas habían sido como un cuchillo que entraba por sorpresa hasta las entrañas. El método ruso fue morder alternativamente, con dentelladas repartidas y profundas. Sus pérdidas eran mayores, pero también lo fue su capacidad para sostener una guerra de desgaste.

Difícilmente podían los alemanes reponer sus bajas, mientras las oleadas rusas se sucedían unas a otras sin desmayo y los trenes aportaban sin cesar nuevas reservas. Cada pérdida alemana era irreparable y el criterio de Hitler de no retroceder, conservaba durante algún tiempo el terreno a cambio de sacrificar miles de hombres insustituibles.

La guerra se convirtió en un desgaste del potencial del Ejército alemán que, tercamente, se negaba a abandonar ninguna posición. Al final de agosto, los rusos llegaron al Dnieper y ocuparon toda su orilla izquierda.

La escasez de tropas alemanas era tanta que no podían defender todo su frente y se



LA GUERRA EN EL ESTE, 1943
Territorio soviético, 1-I-1943
Frente 1-I-1943
Frente 21-II-1943
Frente 4-VII-1943
Territorio reconquistado por los soviéticos en 1943
Frente 31-XII-1943
Límites de los frentes soviéticos
Avances I-IV-1943
Avances VII-XII-1943
Contraofensivas alemanas
Vipurii
Lago Ladoga
Kronstad
Leningrado
Schlüsselburg
Narva
FRENTE DE VOLKHAR
G. E. NORTE
Novgorov
Lago Ilmen
Staria Russa
FRENTE DEL NOROESTE
Yaroslav
Kazan
Kalinin
FRENTE DE KALININ
Gorky
Velikie Luki
Rzev
Vladimir
Río Oka
Polock
FRENTE DEL BALTICO
Bely
Moskova
Moscú
FRENTE DEL OESTE
Ulianovsk
Dvina
Vitebsk
Vyazma
Río Ugra
FRENTE DEL OESTE
Smolensk
Rianzan
Kulbysev
G. E. CENTRO
Kaluga
Tula
Kirov
Oka
Mohilev
Roslav
FRENTE DE BRIANSK
Penza
Río Volga
Río
Briansk
Río
Zlovin
FRENTE DE RUSIA BLANCA
Orel
Tambov
Lipeck
Livny
Saratov
Dnieper
Mozyr
FRENTE DE VORONEJ
Kursk
Voronej
Borisoglebsk
1.º FRENTE UCRANIANO
Chernigov
Río Pripet
Seim
Alexelevka
Kiev
Belgorov
FRENTE DEL SUROESTE
Río Don
Zitomir
2.º FRENTE UCRANIANO
Jarkov
Stalingrado
Poltava
Cherkassy
Río Donets
Río Volga
G. E. SUR
Kremenchug
3.º FRENTE UCRANIANO
Vorochilovgrado
Dniepropetrovsk
FRENTE DE STALINGRADO
Kotelnikovo
Stalino
Don
Río
Zaporozie
G. E. A.
Nikopol
Río Bug
Río Dniester
Rostov
Taganrog
Proletarskaia
Nikolaiev
Melitopol
Kherson
Odessa
FRENTE DEL CAUCASO
MAR DE AZOV
RUMANIA
Kilia
Krasnodar
Kerch
Stavropol
MAR
Novorosiisk
Maikop
Sinferopol
Sebastopol
Río Terek
NEGRO
Tuapse
Grodnyi
Sujumi

mantenían contraatacando, de cuando en cuando, para retrasar los puntos más adelantados del avance ruso. En el frente de Moscú, agosto también supuso progreso soviético. Smolensk y Briansk eran hombres que recordaban los fulminantes avances de la *Operación Barbarroja*. Aquel agosto de 1943 volvieron a poder de los rusos.

En el sur, cuando las tropas llegaron al Dnieper, lo cruzaron por varios puntos, pero sus generales no se arriesgaron, mantuvieron las cabezas de puente y pidieron refuerzos.

Montados en camiones americanos, los rusos acudieron a la orilla izquierda del río. Acumularon tropas, suministros, artillería y municiones. No tenían material de puentes, pero sus ingenieros los improvisaron con troncos. En sólo cuatro días, gruesos caballetes, en forma de esquís, soportaron plataformas por las que podían cruzar los carros.

El río se cruzó por muchos lugares y con fortuna variada, pero, en octubre, Kiev estaba a punto de ser tomada por los rusos. Otra vez los alemanes se retiraron sin dejarse copar, pero cuando cayó la ciudad estaban agotados y ninguna de sus divisiones *panzer* tenía suficientes carros.

Incapaces de contraatacar en masa, lo hicieron en pequeños destacamentos blindados, que entraron en el despliegue ruso, se distribuyeron por todas partes y desordenaron la maniobra. Luego, Von Manstein atacó el oeste de Kiev hasta que la artillería rusa, la defensa contra carro y el barro de diciembre lo pararon.

La defensa alemana de Italia

Decididos a no retroceder, los alemanes se fortificaron en la *línea Gustavo,* al sur de Roma y a la altura de Montecassino.

La antigua abadía sería respetada; por orden de Kesselring ningún combatiente penetró en el recinto y los tesoros artísticos fueron evacuados en camiones alemanes, con la bendición del abad, mientras en los sótanos se refugiaban 1.300 civiles.

Los aliados, que avanzaban desde el sur, estaban organizados en el *XV Grupo de Ejército* (Alexander), con el *V Ejército* americano (Clark) y el *VIII Ejército* británico (Leese, porque Montgomery estaba en Inglaterra preparando el desembarco de Francia), pero las denominaciones eran sólo un formalismo: los aliados formaban una muestra de nacionalidades y razas: americanos, ingleses, franceses, argelinos, marroquíes, gurkas, polacos, neozelandeses, canadienses, escoceses e indios.

El plan americano consistía en atacar la *línea Gustavo* de frente, mientras un cuerpo de ejército marchaba, por mar, hacia la retaguardia y desembarcaba en Anzio, entre las posiciones alemanas y Roma.

El plan no resultó porque los alemanes, en aquel enero de 1944, ya estaban reorganizados y, aunque sus unidades tenían mermados los efectivos, estaban dispuestos a resistir. Cualquier movimiento aliado era vigilado desde las laderas de Montecassino, elevación que dominaba la zona, de modo que los ataques frontales a la *línea Gustavo* fracasaban uno tras otro.

El desembarco en Anzio cogió a los alemanes por sorpresa, pero la lentitud y vacilaciones del mando americano (Lucas) permitieron un contraataque antes de que se alejaran de la costa.

Kesselring fue capaz de enviar a Anzio refuerzos suficientes para contener la invasión. En el momento del desembarco sólo había allí un batallón de infantería mecanizada; al cabo de una semana estaban desplegadas casi ocho divisiones alemanas. Entretanto, los americanos se contentaban con resistir en la playa, sin pretender avanzar hacia el interior, mientras la artillería y la aviación alemanas los machacaban.

Los asaltantes de la *línea Gustavo* intentaron tomar Montecassino, pero desistieron tras una semana de combates muy duros. Se preparó un nuevo ataque y, aunque no se sabía que los alemanes ocuparan el monasterio, la aviación aliada bombardeó el edificio con una primera pasada que arrojó 287 toneladas de bombas incendiarias y rompedoras y otra a los pocos minutos, con 100 toneladas de alto explosivo.

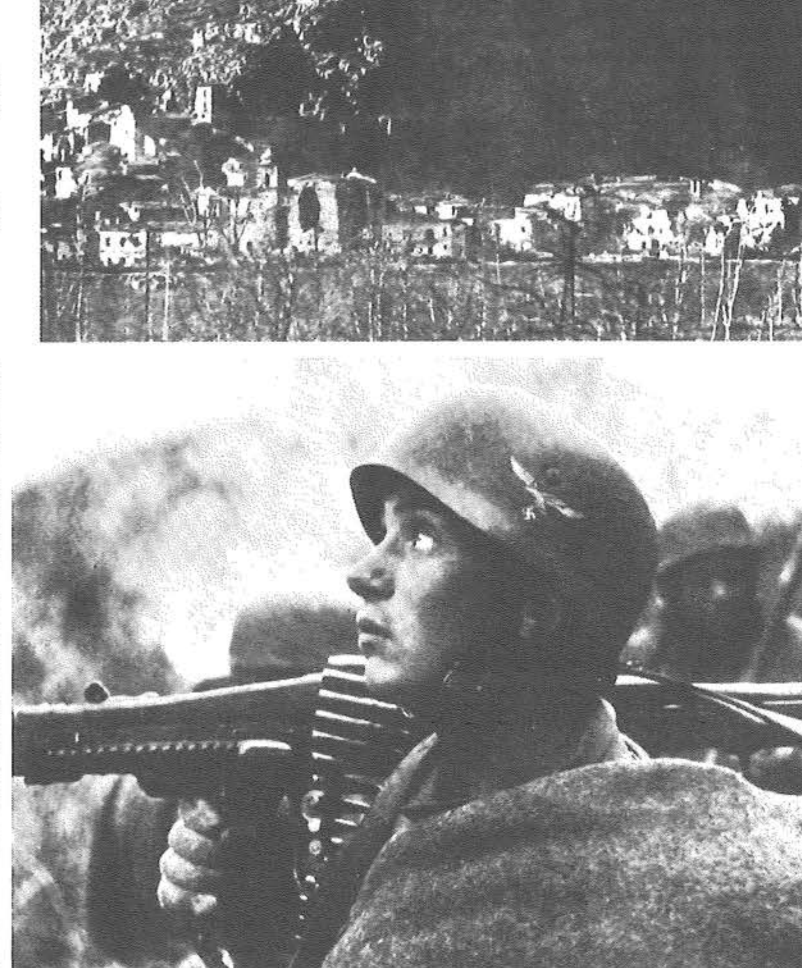
El abad, con los escasos monjes que quedaban y los refugiados civiles, se encaminó al llano y los alemanes no penetraron en las ruinas para fortificarse, hasta que sólo quedaron los heridos y un lego.

Pertenecían a la *1.ª División* de paracaidistas e hicieron del edificio destruido una magnífica posición. Mientras los carros asaltantes se atascaban en los difíciles caminos, las ametralladoras de los paracaidistas contenían a la infantería gurka o maorí y los seis batallones encargados del asalto fracasaron en todos los casos.

El 5 de marzo la aviación martirizó nuevamente el monte, durante cuatro horas, con 2.500 toneladas de bombas. La artillería



General Freyberg, impulsor del bombardeo de Montecassino (arriba, izquierda)



Pueblo de Cassino, el castillo y, en la cima, el monasterio visto desde las líneas aliadas antes del bombardeo

Paracaidista alemán de la División de Heindrich, armado con una MG-42

General Von Vietinghoff, jefe del X Ejército alemán (abajo, izquierda)

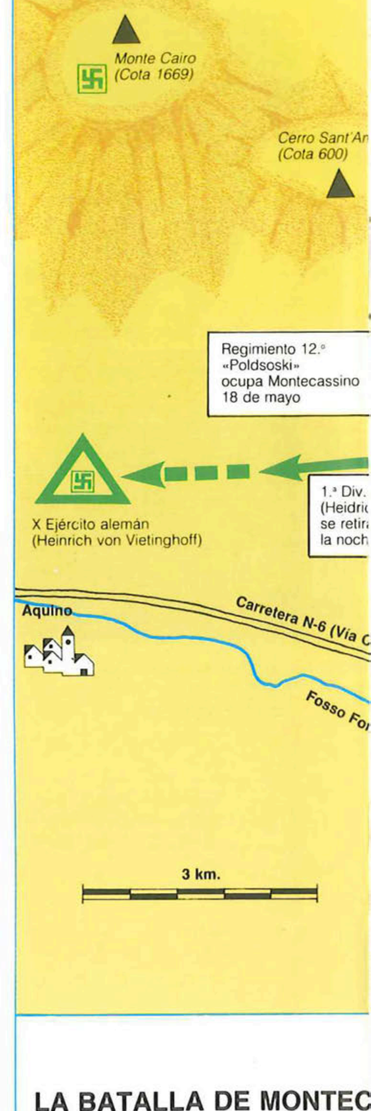


arrojó casi 200.000 granadas durante tres horas más. Después, la *8.ª División* india, protegida por carros y una barrera de artillería de campaña, atacó. Y fracasó otra vez.

Montecassino se había convertido en una pesadilla. A mediados de mayo, los destrozados batallones indios y maoríes encargados del ataque (Freyberg) debieron ser sustituidos por polacos (Anders).

El 11 de mayo, una ofensiva aliada, apoyada por 2.000 cañones, atacó desde la cabeza de playa de Anzio y desde el frente de la *línea Gustavo,* en la que dos divisiones polacas debían tomar Montecassino. En Anzio y los demás sectores se avanzó poco, en Montecassino nada, pero las tropas francesas (Juin) pudieron atravesar la línea y hacer retroceder a los alemanes.

Mapa de la batalla de Montecassino, la más sangrienta de la campaña de Italia

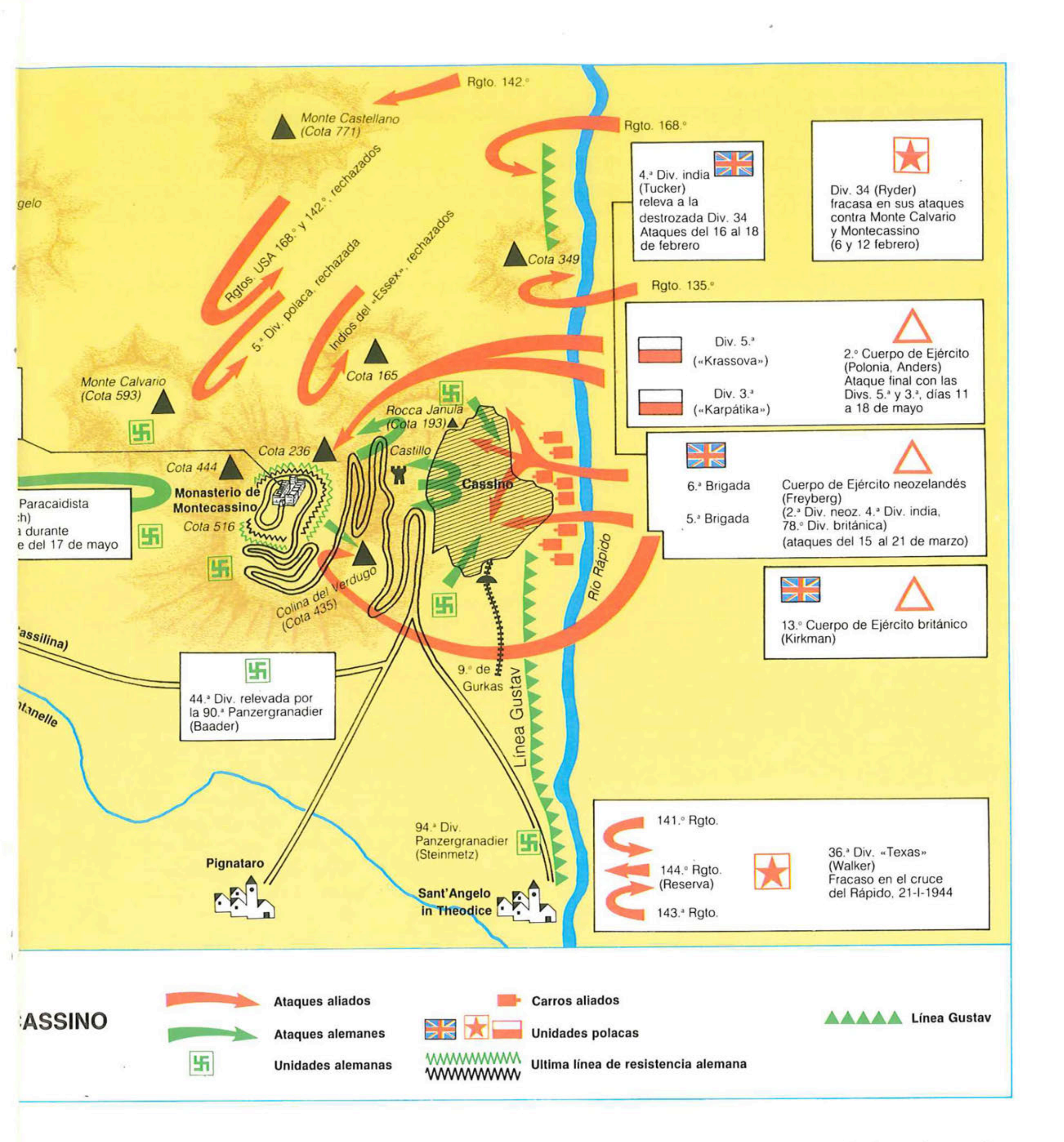


LA BATALLA DE ANZIO

Ataques aliados
Ataques alemanes
Carros aliados
Carros alemanes
Unidades alemanas
Unidades USA
Unidades británicas
Máximo avance aliado (30-I-1944)
Perímetro defensivo aliado (20-II-1944)

ROMA
Carretera N-6 (Vía Casilina)
Carretera N-7 (Vía Appia)
Frascati
Marino
Valmontone
Ultima bolsa de resistencia alemana
Montes Albanos
Lago Albano
Lago Nemi
Albano
XIV Ejército alemán (Von Mackenssen)
23 mayo-4 junio
Ataque final hacia Roma.
Velletri
«Anzio Express» 280 mm/255 Kgs
Prática di Mare
Campo Leone
Estación de Campoleone
29 de febrero Fracasa el último ataque alemán
Colina de Buonriposo
Aprilia
Estación de Carroceto
Fosso de la Moletta
16-20 de febrero Los alemanes son detenidos
«La pasarela»
Cisterna di Latina
Fossa di Pantano
Los Rangers son aniquilados
Bosque de Padiglione
Canal Mussolini
MAR TIRRENO
Grupo de artillería última barrera 20 de febrero
Latina
ANZIO
Nettuno
Encuentro del 25 de mayo: enlace de los Cuerpos de Ejército 6.º y 2.º
OPERACION «SHINGLE» 6.º Cuerpo de Ejército (John P. Lucas)
10 km.

Esquema de la batalla de Anzio. El desembarco aliado se vio contenido por la resistencia alemana, que frustró el avance sobre Roma



La *línea Gustavo* se derrumbó, pero Montecassino sostuvo la retirada. El asalto final se intentó por todos los métodos posibles, siempre contenidos por los paracaidistas, que no abrían fuego hasta el último momento y desde posiciones impensables.

El 17 de mayo aprovecharon la noche para retirarse, en pequeños grupos silenciosos, por las trochas montañesas. Al día siguiente, los polacos, que habían perdido casi 4.000 hombres en el asalto, ocuparon las ruinas.

El 25 de mayo se unieron las tropas que llegaban desde el sur y las de la cabeza de playa de Anzio. Kesselring declaró a Roma *ciudad abierta*, el Vaticano anunció su neutralidad y cuando el 4 de junio las vanguardias del general Clark llegaron a la ciudad, los puentes estaban intactos. Al día siguiente, Roma era ocupada por los americanos.

La campaña italiana había resultado muy costosa y los alemanes no se retiraron, sino que organizaron la *línea Gótica*, cerca de Florencia, apoyándose en la defensa natural

del Trasimeno, que ya había sido hábilmente aprovechada por Aníbal.

Kesselring decidió retener una vez más a los aliados que subían por el sur, mediante maniobras que les obligaran a ganar terreno paso a paso. Y, cuando llegara el invierno, estancarlos ante la *línea Gótica*. Pero el 6 de junio, dos días después de que el primer americano llegara a Roma, empezó la invasión de Normandía e Italia pasó a ser un frente secundario.

El segundo frente

Durante el primer semestre de 1943, los estudios del *Estado Mayor Conjunto* habían llegado a la conclusión de que los lugares más adecuados para invadir Europa, entre el golfo de Vizcaya y Noruega, eran las proximidades de Calais y las playas normandas entre Cherburgo y El Havre.

Como Calais era el camino más corto, el Estado Mayor americano se inclinó por él, pero los ingleses opinaban que Normandía estaba mejor protegida y los efectos de la sorpresa serían mayores. Se aceptó esta última decisión, el proyecto fue aprobado en la conferencia de Quebec y en Teherán se llegó al acuerdo definitivo. Cuatro millones de hombres y 280 millones de toneladas de material fueron transportados a Inglaterra por 4.300 viajes marítimos.

El análisis de la operación fue completamente militar, sin atender a consideraciones políticas. Los americanos deseaban ganar la guerra cuanto antes, sin malgastar vidas y material en los Balcanes o cualquier otro frente indirecto, aunque fuera importante para el futuro de Europa. El nombre clave de la operación fue *Overlord* y Eisenhower su jefe supremo. Las fuerzas de tierra de la invasión (Montgomery) estarían protegidas por una fuerza naval (Ramsay) y otra aérea (Leigh-Mallory). Al otro lado del canal había un comandante de las fuerzas alemanes en Francia, Bélgica y Holanda (Von Rundstedt), que tenía a sus órdenes tres grupos de ejércitos y otro acorazado.

La zona por donde se pensaba invadir correspondía al *Grupo de Ejércitos B* (Rommel), formado por tropas mediocres, con muchos enfermos, extranjeros y gran parte del transporte confiado aún a carros tirados por caballerías. La costa estaba cubierta por el *muro del Atlántico*, que era sólo un pomposo nombre.

Excepto en los puertos y la zona de Calais, hasta noviembre de 1943, en que se incorporó Rommel, sólo había malos atrincheramientos de campaña, salpicados de algunas baterías. Desde el primer día, Rommel insistió en mejorar las defensas de la probable zona de invasión. Las playas se llenaron de obstáculos antitanques, a veces diseñados por el propio general; en las costas se levantaron obras de cemento, campos de minas, alambradas y nuevas baterías.

Von Rundstedt y Guderian eran partidarios de no combatir en las playas: creían más adecuado mantener reservas muy fuertes a retaguardia y, cuando se supiera dónde se producía la invasión, lanzarlas al combate. Hitler y Rommel coincidían en que la verdadera lucha debía tener lugar cuando los aliados tocaran tierra, porque, como tenían superioridad aérea, no habría modo de mover las reservas a la luz del día.

El resultado fue una decisión de compromiso: Rommel recibió una división *panzer*, pero las tres restantes quedaron como reserva retrasada y sólo utilizable por decisión de Hitler.

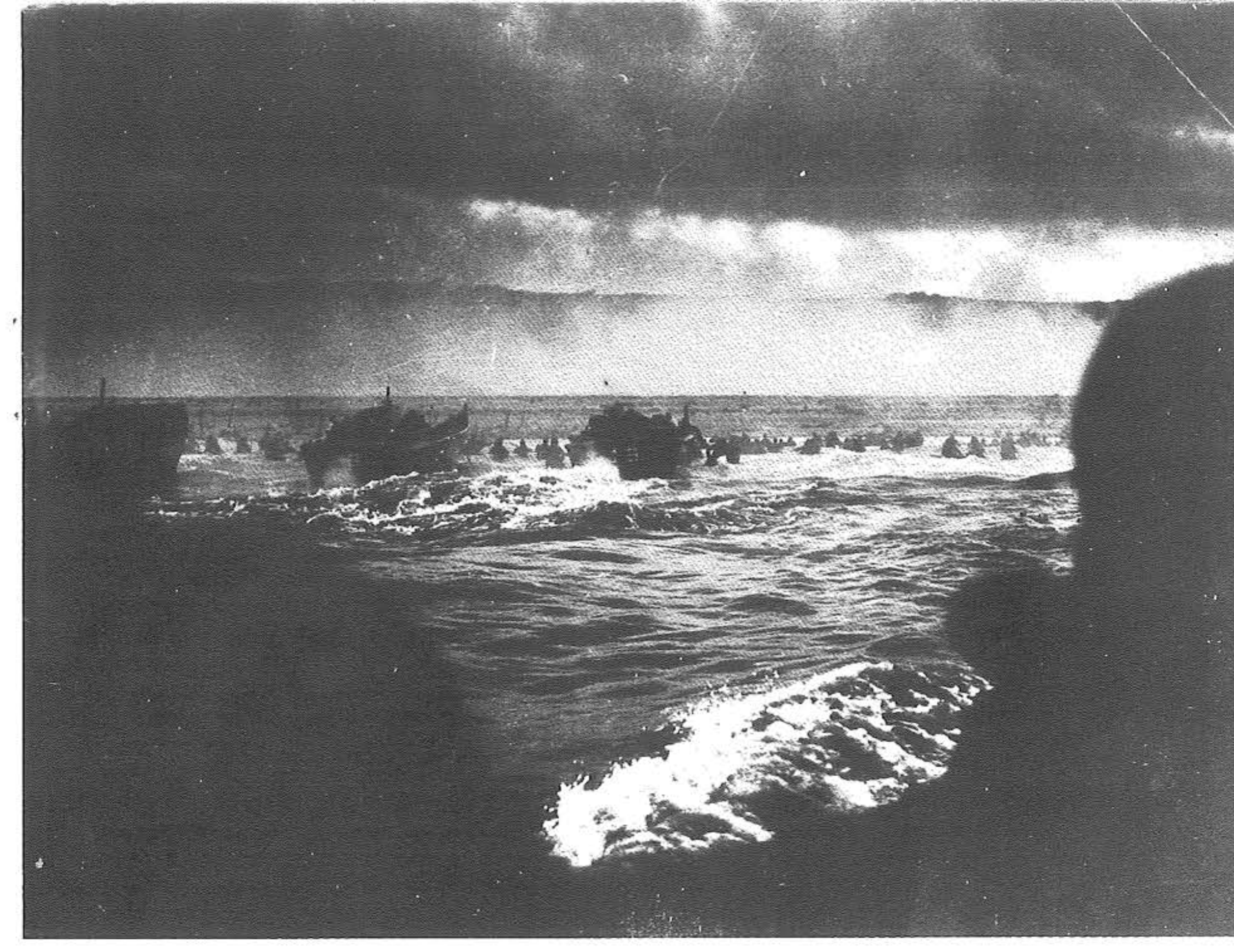
Los aliados prepararon 39 divisiones, 5.049 cazas, 3.467 bombarderos pesados, 2.343 aviones diversos, 2.316 transportes aéreos, 2.591 planeadores, más de 6.000 buques, miles de carros de combate y otros especiales: puentes, vadeadores, rampas, levantaminas, anfibios. Dos puentes artificiales remolcables y *Pluto*, un oleoducto que debía montar su terminal de carga en la playa normanda y penetrar en Europa.

En los tres meses que precedieron a la operación, se arrojaron 66.000 toneladas de bombas. Y, la víspera del día D, otras 14.000 cayeron sobre las estaciones de radar, aeródromos, baterías y observatorios de la costa.

Durante el mes de mayo habían permanecido escondidos en los bosques del sur de Inglaterra camiones, tanques, cañones, excavadoras y montañas de granadas. En los almacenes se acumulaban millones de objetos y, en los valles y prados, 1.000 locomotoras y 20.000 vagones destinados a rodar por Francia, cuyos ferrocarriles habían sido desmantelados por los bombarderos.

Los submarinos aliados tomaron muestras de la arena de las playas y los ingenieros reprodujeron, con toda fidelidad, los escenarios de invasión.

Por parte alemana, Rommel hizo enormes esfuerzos en los últimos meses para que la costa se llenara de *bunkers*, campos de minas sumergidos y obstáculos. Todos los hombres fueron obligados a trabajar, pero



En el verano de 1944 el desenlace de la guerra estaba claro: Alemania sería derrotada. En la foto, un momento del desembarco de Normandía

su esfuerzo fue incapaz de fortificar debidamente toda la costa.

El mes de junio de 1944 comenzó con fuertes temporales. Se había planeado que los días 5, 6 y 7 tuviera lugar el desembarco, porque había luna llena y las operaciones serían más fáciles. El día 5 mejoraron algo las condiciones climatológicas y Eisenhower decidió que se desembarcaría el 6.

En el momento preciso, 7.616 toneladas de bombas cayeron sobre la costa y, tras ellas, 4.266 buques y lanchas de desembarco se acercaron a las playas con la primera ola de asalto a bordo. Mientras navegaban, los cañones de la flota removían cada metro de costa con granadas de alto explosivo.

A retaguardia de las playas, dos divisiones americanas y una británica aerotransportadas cayeron desde un cielo en el que había desaparecido la Luftwaffe, que no derribó un solo aparato a pesar de las 14.600 salidas realizadas aquel día por los aviones aliados.

Los alemanes perdieron las primeras horas del desembarco en equívocos y titubeos. Hasta las cuatro de la tarde siguiente no se consiguió la autorización para mover la reserva *panzer* y, ante la desesperación de Rundstedt y Rommel, Hitler aseguró que su arma secreta, la bomba volante V, daría pronto cuenta de los ingleses al caer directamente en Londres.

Antes de la invasión se había trazado un buen plan para confundir a los alemanes. Por cada tonelada de bombas y cada misión aérea hechas en Normandía se llevarían a cabo dos sobre Calais. En muchos puestos ingleses se colocaron imitaciones de barcos y en Dover se levantó un falso cuartel general, completado con supuestas carreteras y hasta vías férreas. De modo que muchos mandos alemanes pensaron que Normandía era también un engaño destinado a encubrir el desembarco principal, que tendría lugar en Calais.